

EL AMOR EN ABSTINENCIA

Mari Carmen Garau Pol

CAPITULO 1

Al poner un pie en el suelo, recuerdo que debo ser sigilosa para no despertar a “don gruñón”, porque siempre me grita cuando hago ruido y todavía no es su hora de levantarse.

Aun no entiendo cómo le aguanto...supongo que será por costumbre, o quizás por el niño. De todos modos no quiero empezar un drama que pueda terminar en una batalla campal por la custodia de Nico; además debo tener en cuenta que no soy como mi hermana, que cambia continuamente de pareja, buscando esa sensación inicial de glamur y romanticismo.

La aborrezco cada vez que hace su entrada triunfal con su nuevo fichaje, haciéndonos fingir a todos que ese hombre es alguien especial en su vida, cuando en realidad sabemos que no es más que un pobre ingenuo que tiene los días contados. Me niego totalmente a utilizar a la gente de esa manera.

Camino a oscuras y tropiezo con unos zapatos que dejé tirados por el suelo, aguantando el equilibrio con dificultad y me paro en seco. Parece ser que Gabriel refunfuña pero no se despierta. El corazón me late desenfrenadamente.

No es que le tenga miedo, es que no soporto los gritos. Su voz grave y alterada irrumpiendo el silencio de la noche, me acelera el corazón y hace que desee no haberle despertado más que cualquier otra cosa en el mundo.

Me dirijo al armario de la cocina con gran entusiasmo, dispuesta a disfrutar de lo mejor del día... un buen chute de cafeína con galletas.

A pesar de que es demasiado pronto para desayunar, saco un paquete del mejor café biológico que ha existido jamás, y lo preparo ansiosa esperando a que la cafetera empiece a echar humo.

Siguiendo el ritual de cada mañana, cojo la taza peruana que compré en el gran bazar de Estambul durante el crucero que hicimos Gabriel y yo hace nueve años, en nuestra luna de miel. ¡Luna de miel! ¿cómo es posible que se sigan haciendo esas cosas?

Cuando tengo el café en la taza, me lo tomo todo de un sorbo e inmediatamente empiezo a sentir esa reconfortante calma que te susurra que todo está bien – tranquila, no te tomes la vida tan en serio, es sólo un juego dentro de un pequeño viaje – me dice la paz que me invade por dentro.

Gabriel está completamente dormido. Se queda toda la noche como una estatua de piedra y deduzco de ello que en su conciencia nada le inquieta, ha asumido el vacío, mientras que yo no paro de buscarle un sentido a esta absurda vida.

Voy hacia el baño y al plantarme frente al espejo me observo como si fuera la primera vez que me veo. Todavía conservo el color castaño oscuro de mi pelo, a pesar de haber cumplido ya los treinta y tres años.

Observo que aún mantengo un aspecto juvenil y sonrosado, aunque me pregunto cuánto tiempo va a durar el encanto.

Si consiguiera perder esos siete u ocho kilos que me sobran, podría afirmar que físicamente me encuentro en mi mejor momento...

Escucho la música del móvil de Gabriel, lo que significa que ya es su hora de levantarse, y me doy cuenta de que el tiempo me ha pasado volando.

Estoy preparada para que empiece la atmósfera hostil de cada mañana.

La puerta se abre con fuerza, y entra Gabriel en la cocina con los ojos adormilados y las marcas de las sábanas dibujadas en su cara.

Me hace un gesto con la cabeza, pero no sale una palabra de su boca para darme los buenos días. Tampoco es que lo esperara realmente. Hay mañanas en las que no me habla hasta que se va y se digna a despedirse con un simple adiós.

- ¿Has hecho café? – me pregunta con su cara seria y algo cruenta.
- Ha sobrado un poco, lo tienes en la taza pero ya está frío.
- ¡Has vuelto a hacer la zombi esta noche! ¿a que sí?

Su pregunta tiene un tono sarcástico y eso me irrita, así que decido marcharme, porque las vibraciones empiezan a ser nefastas, y su mal humor se huele a kilómetros. Me doy media vuelta para alejarme pero me grita.

- ¡Ah! ¿me ignoras? lo normal sería que respondieses cuando te hablan en lugar de evadirte siempre como una maldita serpiente.

No puedo evitar sentirme ofendida y le lanzo una especie de presagio.

- Algún día no muy lejano pagarás por todo lo que me estás haciendo pasar.
- ¡Ya lo estoy pagando! – me responde enérgicamente – tengo que convivir con una gorda inútil que no sabe hacer otra cosa que compadecerse de si misma.

La agresión verbal es algo nuevo en él y no estoy acostumbrada a que nadie me insulte, y mucho menos mi propio marido.

El odio invade mi cuerpo como aceite hirviendo sobre la piel y en un acto reflejo, le lanzo el café frío que me ha sobrado directamente hacia su cara, mojándole el pelo y la camiseta asquerosa que lleva puesta.

Con todas mis fuerzas tiro la taza peruana contra el suelo haciendo un ruido ensordecedor y veo que se esparcen mil diminutos trozos de porcelana por toda la casa.

Él me mira pasmado. Parece ser que por primera vez en su vida se ha quedado sin palabras.

Gabriel, vaya. El hombre que todo lo sabe...

Me voy a mi habitación y diez minutos después oigo como la puerta de la calle se cierra con un fuerte portazo; está claro que cada día está más irritado. Me gustaría saber qué es lo que le molesta tanto de mí, porque realmente lo de hoy ha sido excesivo; y se que si seguimos por ese camino, acabaremos haciéndonos daño. Tendría que ponerle remedio de inmediato, aunque no sé por dónde empezar. Temo que si le planteo la situación me insulte o incluso que llegue a agredirme, aunque claro, eso no cuadraría mucho con el gran hombre que no fuma, no bebe y que sólo come alimentos orgánicos.

No entiendo como un ser humano que se cuida tanto físicamente puede estar tan mentalmente contaminado. Lo que está claro es que ya no le conozco, no sé con quién vivo y lo que es peor, no sé con quién duermo.

Hace siete años que él y yo no mantenemos ningún tipo de relación física, coincidiendo con el nacimiento de Nico. Tal vez ya no le atraiga físicamente debido a mi cambio de figura después del parto, sin embargo pienso que si tanto me aborrece, debería dejarlo claro de una vez por todas y no actuar como si fuéramos un matrimonio que tiene toda una vida por delante.

Mientras estoy debatiendo en mi cabeza si dejar a Gabriel o no, me doy cuenta de lo tarde que es. Tengo que darme prisa y barrer todo este estropicio antes de que Nico lo vea... Me extraña que siga durmiendo después de la escenita que hemos montado su padre y yo, pero bueno, siempre le cuesta levantarse por las mañanas, así que no debería parecerme tan raro que no haya oído nada.

Miro algunos trozos de la taza peruana que había conservado con tanto cariño, y me planteo si será una señal. Quizás el destino trate de decirme que ya ha llegado el momento de empezar una nueva vida sin él.

Contengo las lágrimas y me voy hacia la habitación del niño con la esperanza de que no me lo ponga muy difícil para levantarse.

Si por mí fuera, me metería en la cama y no saldría de ella hasta el mediodía, pero claro, antes tendría que darle un millón de explicaciones al jefazo y lo que menos me apetece en estos momentos es hablar y que me den más monsergas.

- Nico despierta – no me responde – despierta o llegaremos tarde.
- Déjame dormir un poco más – me pide sin abrir los ojos, mientras se tapa la cabeza con el edredón.

Llevo el móvil en la mano y le pongo una música reggae al oído mientras un soplo de felicidad me recorre por dentro. Siempre suele funcionar cuando me conecto al mundo del “don’t worry be happy” en momentos de tristeza.

Nico no parece muy conforme, pero consigo que se destape la cara.

- ¿por qué siempre me pones esa música? – me dice refunfuñando, como suele hacerlo su padre.
- Porque si no llegaremos tarde. Por favor vístete deprisa mientras te preparo el desayuno – le digo con voz firme.
- Mamá, por un día me quiero quedar en casa. No sé por qué me obligas a ir al colegio, no sirve para nada. ¡Odio al que se lo inventó!

Le apretó la nariz y cojo su mano para que se levante más deprisa mientras nos ponemos en marcha para empezar el nuevo día.

Dentro del coche hace mucho frío, así que pongo la calefacción al máximo y espero congelada a que se caliente el motor.

- Mira mamá – me dice Nico – cuando hablo parece que estoy fumando.
- Eso es por el frío. Abrígate bien y no hagas el tonto – le respondo algo apurada.

Pongo mi música reggae y me decido a enlazar el día con algo más de ánimo para no dejarme arrastrar por el drama que tengo montado en mi casa.

Intento que el vacío y la falta de motivación no me arrastre hacia la depresión y me repito mentalmente afirmaciones positivas, para llegar al punto en el que a veces acabo creyéndomelas.

Nico no para de darme patadas en el respaldo del asiento intentando llamar mi atención, por lo que dejo de fantasear y me centro en atenderle.

- ¡La profesora es un monstruo! – grita Nico – tendrían que meterla en la cárcel.
- En tu agenda me ha puesto una nota para que hoy vaya a hablar con ella. ¿Ha pasado algo que yo no sepa?
- Sí. Quiere que haga cosas que no me gustan y se enfada si no hago lo que me pide. Yo sólo quiero pintar dibujos, pero no me deja...
- No puedes hacer todo lo que quieres – le digo compadeciéndome del niño – vas al colegio para aprender muchas cosas diferentes.

Dejo a Nico en la entrada del colegio mientras me mira enfadado por no haberle permitido quedarse en casa.

El cristal del coche está totalmente empañado y casi no veo nada. Con el brazo lo limpio un poco y entonces puedo ver que en esa esquina está mi oficina “EDICIONES KIEBER”.

Cada día y me planteo si no me habré convertido en una especie de rata que da vueltas sobre una rueda haciendo siempre lo mismo una y otra vez.

Echo un vistazo para saber quién ha llegado, y veo a Carlos que viene sonriendo hacia mí. Es tan asombrosamente guapo que nunca me canso de mirarle. Es como un ermitaño que no comparte su vida privada y es un misterio para todos los que trabajamos en la editorial.

Cada vez que alguien le hace una pregunta personal se escabulle con evasivas, y eso le hace parecer un hombre enigmático y cautivador al mismo tiempo.

Lo curioso de este chico, es que casi nunca habla con nadie, salvo conmigo. Tal vez se deba a que no me echo encima de él como si fuera una fiera hambrienta...aunque tenga una sonrisa que me funde por dentro transformándome en un pedazo de mantequilla.

Su precioso pelo oscuro y sus ojos color caoba resultan ser un bálsamo de miel para cualquier mujer.

Las únicas conversaciones que compartimos están formadas por monosílabos que le permiten no tener que dar ninguna información sobre su vida.

En lo que se refiere a su historia personal, sólo sé que tiene veintiséis años y que vive solo; me enteré porque Silvia se lo sacó con cucharita.

A veces me sorprende a mí misma mirándole fijamente y me entra una especie de repelús, cuando pienso en que yo pueda tener alguna similitud con mi hermana, pero tengo que decir a mi favor que resulta muy difícil no perderse al contemplar a una belleza de semejante magnitud.

Cuando me sonrío, entrecierra los ojos y me mira los labios...como si quisiera besarme y me siento viva de nuevo.

Cuanto más le veo, más confusa estoy de todo y ni siquiera sé si él tiene alguna intención de ligar conmigo.

Seguramente me estaré montando una película para no pensar en la rabia que siento hacia Gabriel. ¿Cómo habrá podido llamarme gorda? ¿y lo de inútil a qué habrá venido?. Soy la única que hace todo el trabajo de la casa además de cuidar del niño y de aportar un buen sueldo.

Pero... ¿por qué me preocupo? ¿a quién demonios le importa lo que piense Gabriel?.

Una suave caricia en la espalda me devuelve al mundo real, y me empieza a hervir la sangre cuando me doy cuenta de que se trata de Carlos.

- Hola Flor – me dice cogiéndome la mano para besarla - ¿cómo estás?

¿Flor? ni mi marido me ha llamado así nunca... Debo comportarme y no mirarle a los ojos bajo ningún concepto. No podría soportar que viera algo en mi mirada y notara que me gusta.

- Bien, como siempre – le miento.

- Si me necesitas silva – me suelta con una sonrisilla. Y se aleja sin nada más que aportar.

Un hormigueo recorre mi estómago y siento la euforia de la música reggae dentro de mí. Pero ¿qué me pasa?, ¿cómo puedo sentir atracción por un hombre más joven que yo? ¿por qué se interesa por mi cuando tiene un montón de mujeres preciosas que se le echan encima a todas horas? La misma Silvia va detrás de él desde que la trasladaron aquí hace tres meses. Le he cogido manía y no logro descubrir si es por perseguir a Carlos o es por el hecho de hacerlo de una forma tan vulgar; porque la muy descarada no se molesta en disimular lo más mínimo ¿es que no entiende que así lo único que hace es espantarle?.

Carlos no es de esos hombres facilones que se dejan deslumbrar por una rubia parlanchina que se le planta delante. Es un tío al que hay que conquistar con la mente...

Para mi resulta evidente que Silvia tiene un lio gordo con el jefazo y que ese viejo no sabe qué hacer con ella, así que nos la coloca aquí para que le demos algo con qué entretenerse.

¡Por favor!, pero si ni siquiera es capaz de leer dos líneas sin distraerse; necesitamos gente inteligente que nos ayude, porque cada día nos llegan más libros y la editorial está hasta el cuello de trabajo.

La mayoría de los manuscritos son descartados sólo por llevar un mal título o por no respetar los espacios entre líneas, y es una pena darse cuenta de que hay cientos de personas que depositan sus sueños en nosotros... pero la cruda realidad es que es imposible atender el trabajo que nos trae tanta gente.

Carlos es uno de los mejores en detectar un bombazo. Lo sé por el espectacular currículum que encontré entre las nóminas de todos los empleados.

Me resultaría mucho más fácil el trabajo si sólo tuviera que atender a los agentes literarios, que más o menos te despejan un poco la tarea, pero por lo que veo todos los días, hay muchísima gente que quiere publicar un libro.

La mayoría de los autores noveles escriben autobiografías, porque creen que sus vidas son dignas del entusiasmo de todo el mundo.

A mi lado tengo una pila de ellos para mi solita, y otros muchos que nos llegan por correo electrónico, así que ya puedo empezar a descartar algunos volúmenes antes de enfrascarme en alguna lectura en particular.

Muchos escritores ponen su nombre en la portada, con las letras más grandes que el propio título; esos son los primeros que descarto. El egocentrismo es un defecto que no se puede tolerar en el mundo literario, puesto que hay que tener la intención de aportar algo más que un nombre propio.

La mejor opción que hay para escribir un buen libro es la de no pretender ser grande, e intentar entretener o dar algún tipo de mensaje que pueda captar el lector.

Por desgracia, hace ya mucho tiempo que no hay ningún bombazo literario en nuestra empresa y eso nos obliga a competir por las obras de autores conocidos.

Acabo el trabajo que tengo pendiente y veo que ya es la hora de ir a buscar a Nico al colegio. Con todo el asunto de Carlos... me ha pasado el tiempo volando. Si no me doy prisa llegaré tarde a la tutoría que tengo con la profesora del niño.

Llego al colegio y entro en la clase donde me espera la profesora mirando el reloj de su muñeca. Por su forma de andar, diría que tiene un aire algo indignado, además me indica con el brazo estiradísimo que me siente para empezar su discurso:

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

